

obligando a los ingleses a practicar una puntería dudosa. Esto fue aprovechado por el comandante Gual y Pueyo para descargar repetidamente los 94 cañones de sus fortificaciones, y hacer mucho daño en las embarcaciones inglesas, que debieron retirarse hacia Curaçao, gravemente maltratadas. La victoria, que en principio parecía imposible, dada la capacidad de destrucción de la escuadra inglesa, fue registrada en los anales nacionales como una gran hazaña militar, a pesar de haber sufrido La Guaira y sus pobladores, una gran destrucción a causa de los miles de cañonazos. La ciudad ha debido lucir su aspecto más triste y desolador, con muchas de sus edificaciones reventadas por la acción repetida de las bombas, y visiblemente agujereadas e inservibles sus calles y terrenos.

Varios años más tarde, el 26 de marzo de 1812, un devastador terremoto causa estragos en Caracas y todo el litoral central de Venezuela, incluyendo La Guaira y sus poblaciones vecinas (Caraballeda, Naigüatá, Macuto, etc.). Es este desastre natural el que sirve a Simón Bolívar para elevar su famosa consigna republicana: «Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella». Recientemente inaugurada la independencia, ni la naturaleza misma –a juicio de Bolívar– iba a obstaculizar el nuevo proceso. La frase está preñada del mejor romanticismo hispanoamericano, y la memoria colectiva la registra junto a su correlato iconográfico: Bolívar, subido sobre las ruinas del desastre, arenga a la población desesperanzada⁵.

En una partida del libro de defunciones de la parroquia de La Guaira se puede leer lo siguiente: «El 16 de marzo de ochocientos doce, hubo un fuerte y espantoso terremoto que arruinó a esta población, en el que se perdieron muchos libros parroquiales, porque luego que se concluyó el terremoto se levantó una nube de ladrones que no dispensaban cosa alguna: el latrocinio fue tanto, que se dudó de qué había hecho más daño, si el terremoto que arruinó la población o el hurto que despojó a cada uno de lo que el terremoto les había dejado». La misma partida habla de 1500 personas fallecidas.

Ante el panorama de la destrucción en medio de una ciudad rota y desolada, brota una «nube de ladrones», que al no tener nada y sólo contar con la precaria vida que les queda, se destinan al robo y al pillaje quizás como una forma de paliar, con algún objeto o alimento robados, la terrible miseria y la ignorancia en la que han estado desde siempre sumergidos. El pillaje desatado posteriormente al desastre del pasado diciembre de 1999, que tuvo como objetivo principal numerosas casas, negocios diversos, y los *containers* del puerto repletos de mercancía, guarda insólitas semejanzas

⁵ Se trata de un famoso cuadro del pintor Tito Salas titulado *El terremoto de 1812* [192(?)]. *Casa natal de Simón Bolívar*.

en cuanto a la agresividad y desmanes cometidos. La destrucción viene a abrir una peligrosa válvula de escape de contenido social, revelando una población fracturada en su dignidad, y profundamente confundida por la acción del cataclismo.

Ahora bien, no sólo los devastadores caprichos de la naturaleza acudieron a estas tierras poco afortunadas. El uso y el abuso de que fue objeto la cordillera costanera que colinda con La Guaira por el norte y con Caracas por el sur, llamada comúnmente el Ávila; la intensa explotación agrícola y agropecuaria que durante muchos años produjo el cansancio y la erosión de parte de sus tierras, testimonia y revela cómo también la mano del hombre y su intervención irracional son responsables de muchas de las «alteraciones extraordinarias de la constitución atmosférica».

Ya el sabio y científico Henri Pittier, llegado a Venezuela por los años 20, y que más tarde se haría cargo del observatorio de Caracas, realizó un estudio pormenorizado de las precipitaciones y de la temperatura de la zona. Allí advierte que las mediciones efectuadas a lo largo de cuarenta años acusaban variaciones drásticas, y atribuyó esto a la deforestación y sus terribles consecuencias: «La tala exagerada de los bosques, ayudada luego por el constante recorrido de millares de cabezas de ganado cabrío, causó la desaparición del suelo fértil y la desnudación de las vertientes». La pérdida de selvas en las alturas del Ávila, donde se encuentran los nacimientos de sus múltiples ríos, impide la condensación necesaria para la creación de los manantiales. Cuando por accidente se encuentran y chocan masas aéreas frías y calientes, entonces se producen fuertes aguaceros cuyas aguas correrán sobre superficies ya erosionadas, arrastrando consigo grandes cantidades de detritos de todo tipo, hasta llegar a las poblaciones asentadas en las faldas de la montaña, con gran fuerza y capacidad destructora. Las sabias advertencias de Henri Pittier fueron escuchadas y se emprendió un programa de reforestación con características, sin embargo, algo excéntricas: las partes erosionadas por la acción de los agricultores o los incendios, fueron repobladas de eucaliptos y pinos, árboles, sin duda, de gran belleza, pero inapropiados para la constitución y características del Ávila. La consecuencia fue un mayor resecamiento del suelo y su progresivo deterioro químico, impidiendo así el nacimiento de especies autóctonas, y acelerando el proceso de erosión.

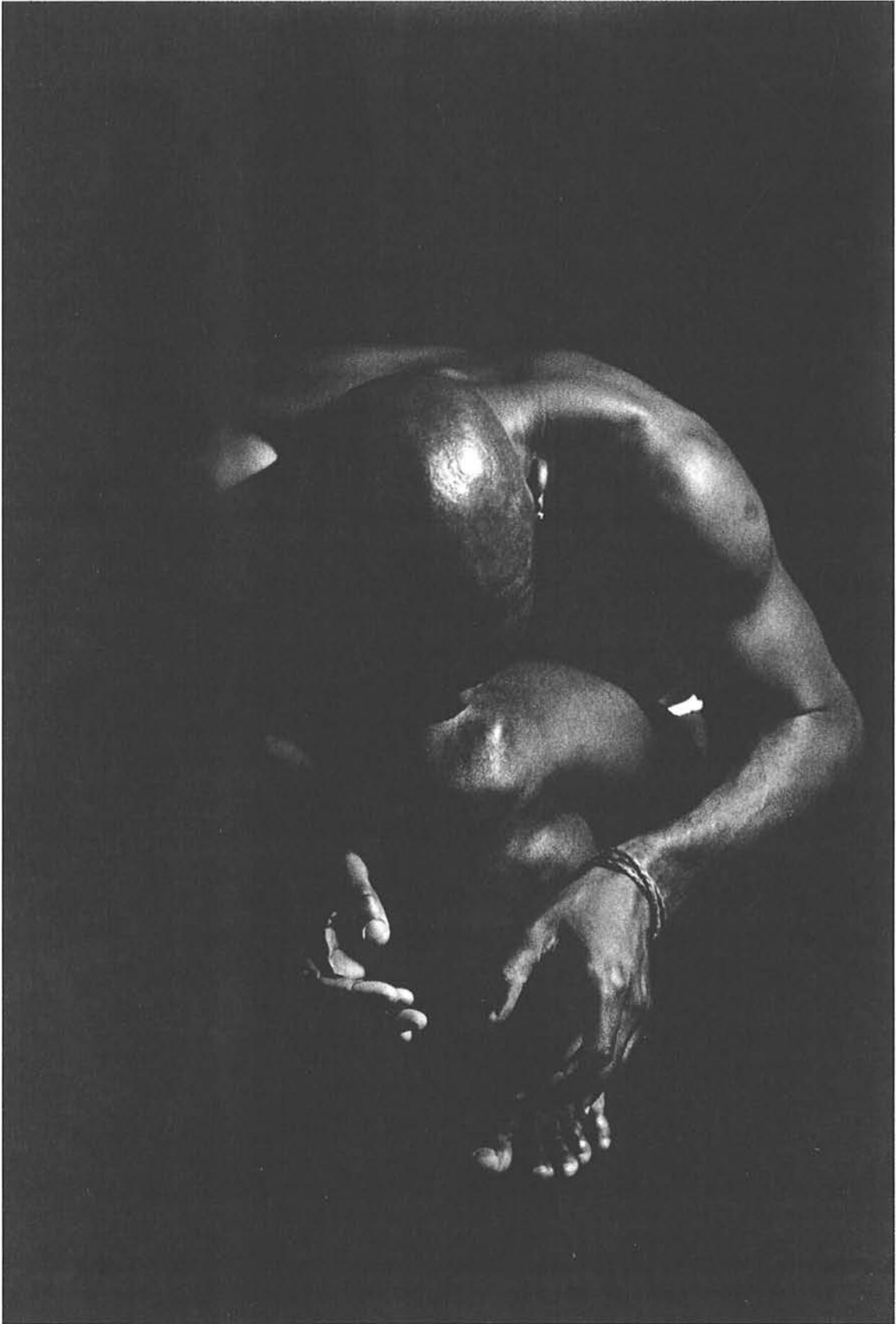
En febrero de 1951 se registra otro diluvio en la misma zona: 36 horas ininterrumpidas de lluvia, todos los ríos desbordados, gran cantidad de muertos, desaparecidos y viviendas destruidas. Con el mismo reloj caprichoso con que se suceden los terremotos, nuevamente la montaña mostraba su rostro menos amigable. La carretera que comunicaba La Guaira con Caracas sufrió más de 100 derrumbes, y la línea ferroviaria cerca de 180

derrumbes. Como la construcción de la autopista ya estaba avanzando con rapidez, se tomó la decisión de abandonar dicha línea ferroviaria, prácticamente destruida, sin prever ningún plan de sustitución o desvío para el tren. Las lluvias ayudaron a darle muerte a un medio de transporte que ya la oronda nación petrolera había sentenciado y despreciado, a cambio de los beneficios del asfalto y el confort del automóvil.

El desastre natural del pasado diciembre de 1999 arrojó la escalofriante cifra de 50.000 muertos, la mayoría desaparecidos. El paso de las rocas y los troncos gigantes, y la avalancha de lodo que bajó desde las cumbres, han hecho del terreno un espacio irreconocible, y ahora otro mapa es necesario para orientarse. Los barrios residenciales, los lugares del turismo y desahogo de las gentes, conforman ahora una arqueología espantosa. Bajo cuatro metros de lodo se esconde una nueva capa geológica, como si se tratase de una escena pompeyana. Recorrer esos terrenos dejó en mí la marca de una profunda incredulidad: ¿cómo pudo suceder esto? Fue como asistir, no a la marcha sino al salto súbito de los procesos naturales, que suelen tomarse millones de años. Los cadáveres se convertirán en anónimos fósiles; las casas albergarán huéspedes subterráneos.

Entre los ataques piratas, el martirio de sus héroes, los terremotos y estas periódicas avalanchas tropicales, La Guaira y todas las poblaciones situadas en las faldas del Ávila, acumulan en sus archivos una historia dolorosa.

Ignoro si Humboldt habrá dado finalmente con la procedencia de la terrible fiebre amarilla en las costas venezolanas, pero lo que sí es cierto es que su afán ilustrado, su olfato enciclopédico y la habilidad de su pluma nos obsequiaron, casi por casualidad, uno de los primeros relatos de un desastre que se ha repetido a lo largo de las épocas y que, sin embargo, no cuenta todavía con nombre propio. Aluvión, cataclismo, aguacero, alud, etc., no parecen ser voces que caractericen suficientemente la magnitud de la tragedia. Los huracanes del Caribe son bautizados de inmediato: Andrew, Bret, Mitch. Los terremotos adoptan el nombre de la ciudad donde tiemblan. Pero esta periódica avalancha de lodo no cuenta todavía con denominación propia. Se nos ha quedado anónima en medio del espanto. Quizá esta falta de nombre reconocible por todos y para todos, la ausencia de una voz exacta y a la vez popular, sea la causa de una gigantesca desmemoria, y el motivo de la ausencia de toda prevención. Las palabras, las crónicas caen en el olvido, se archivan en una cámara de polvo y duermen largamente sin que nadie, al parecer, rescate y recoja su experiencia. Vivimos una suerte de círculo de la ignorancia, y en él giramos y giramos hasta perdernos y caer muertos. Nuestra prevención, cuando aparece, consiste, no en pre-venir sino en pre-llegar. Es decir, llegar antes que nadie, inoportunamente, ignorando cualquier aviso.



Bailarín (1978)